

LA PROMESA

El atardecer lame un cielo que se apaga, que se marcha. Garazi, extenso el cuerpo anciano en la cama, cierra los ojos. El sonido de los pájaros en los aleros del hospital la reconforta. Su música ondulante tapa el ruido del tentáculo que le atraviesa la piel del pecho. La lleva al caserío, con la tía Marta, con la linde del bosque a apenas cuarenta metros. La lleva, en la vereda del tiempo, a una niñez espiritual.

En la azotea, una joven enfermera da de comer pienso a las avcillas cantoras. Cumple la promesa que le hizo a Garazi hace una semana: alimentar a aquellas criaturas para que no se marchen, para que le canten en el crepúsculo de cada día, para que su canto acalle el rumor incesante de la máquina respiradora.

Y Garazi duerme, vuela al fin, con la melodía de los pájaros rondándole el sueño.